

## Gritos de paz

Aún recuerdo perfectamente el sonido de los pasos cuando entraron a mi casa, los gritos de mi madre y la angustia de mi padre. No podía creer lo que estaba pasando, yo era consciente de todo lo que pasaba en mi pequeño pueblo, pero nunca creí que sería víctima de eso. Sí, el infierno existe, estoy seguro de que sería similar a lo que viví.

Al principio tenía mucho miedo, solo tenía doce años, la primera vez que sostuve un arma y, solo tenía catorce cuando empecé a perder la esperanza... Ellos me obligaron a convertirme en un monstruo, en mi mente quedo marcado cada grito, cada cara de horror, cada muerte, que fue provocada con mis actos. Siempre que me tocaba hacerle daño a alguien, recordaba los tiempos; en que ese daño me lo hacían a mí, infinidades de veces fui torturado, infinidades de veces, estuve a punto de morir, e infinidades de veces desee morir, una de esas tantas veces fue cuando acabe con la vida de mi mejor amigo. Lloré por meses, fue de los momentos más oscuros de mi vida. No era capaz de verme al espejo, ya no me consideraba digno de vivir, pero matarlo fue mi única opción, ellos tenían a mi hermana, y le harían lo mismo que a mí. Me hicieron escoger entre dos de las personas que más amaba...

Muchas veces pensé que ellos disfrutaban jugar con mis emociones, disfrutaban hacerme sufrir. Ellos alguna vez fueron, como yo, pequeños niños que fueron arrebatados de sus hogares, pequeños niños los cuales no los dejaron ser niños. Mi mayor miedo siempre fue llegar a convertirme en uno de ellos, llegar a disfrutar el hacer daño.

Los años se iban, y con ellos partes de mis esperanzas, cada día veía más lejos la salida de ese infierno, pero cuando ya estaba a punto de desfallecer, una luz de esperanza ilumino mi vida.

El gobierno inició diálogos de paz con los grupos armados, ¡tenía posibilidades de salir! Llevaba años sin saber lo que era la felicidad, pero mentiría al decir, que ese no fue el momento más feliz de mi vida.

El proceso fue largo y bastante cansado, pero todo lo valía, todo cobro sentido desde el momento que pude salir de ese infierno.

—Señor, su diploma—me dijo el director sacándome de mis pensamientos, antes de ofrecerme ese cartón tan valioso.

Es raro cómo funciona mi mente, hoy que es uno de mis días más felices, lo único que ella evoca, es ese infierno del que salí hace diez años, infierno del que agradezco todos los días haber podido dejar atrás.

Si a mi yo, de catorce años le hubieran dicho que se convertiría en doctor, no sería capaz de creérselo ni en sus mejores sueños. Pero te tengo noticias mini yo, ya no arrebatamos vidas, ¡ahora las salvamos!

No mentiré, el proceso de reintegración fue sumamente duro, los traumas que me quedaron todavía no se han ido del todo. Me duele al recordar todo lo que viví ahí, también fue duro el lograr que me aceptaran, pero gracias a todo el apoyo que se me brindó desde que deje las armas, la esperanza que nunca creí que se volvería mi aliada, ahora es mi mejor amiga, y desde hoy siempre diré: “que hermoso es ser parte de una Colombia reconciliada”.

Dayana Paola Páez Hernández